

KRISHNA VILLEGAS ANDRADE

NIEBLA DE FUEGO



Áurea Ediciones

PRÓLOGO

En la oscuridad de la madrugada, la tierra se sentía húmeda en mis manos y entre mis uñas, mientras escarbaba hasta crear un pequeño agujero bajo el árbol de cerezas. Sentía que así, usando mi propia piel, podría dar una sensación de calidez a aquella pequeña sepultura, a la porción de ceniza atrapada dentro de un frasquito de mermelada que había estado vacío. Las estrellas resplandecían sobre un cielo despejado y me brindaban toda la luz que pudiese necesitar en mi corazón.

Este acto, este pequeño acto de amor hacia mí misma y hacia todas ellas, revivía mi ser muchas veces frívolo, quieto e insignificante, y le llenaba de un alma pura y gentil.

En nombre de Dios, realicé una oración, y deseé que el alma que acababa de sucumbir convirtiéndose en un fino polvillo grisáceo encontrase la paz y la calma junto a las demás estrellas que resplandecían en el cielo.

PRIMERA PARTE
LA ISLA DE CENIZAS

ARABELLA

Cuando nació, su padre juró que sería la mujer más bella que podrían conocer sus ojos. Había nacido en una pequeña localidad alejada del mar y había vivido toda su infancia y pubertad con sus padres, en un campo extenso, lleno del pasto más verde y sedoso, y de árboles llenos de frutos de todos los colores que llenaban sus desayunos de sabor.

Su padre, un hombre amante de sus tierras, se levantaba temprano para cuidar de sus caballos y vacas, cuya leche vendía a los demás habitantes del pueblo. Su madre, en tanto, se dedicaba a cuidar de los cultivos, del alimento y las medicinas que brindaba la tierra.

Antes del nacimiento de Arabella, su padre le había construido un invernadero en que su madre plantaba los más ricos frutos silvestres y hierbas medicinales. Al mediodía, cuando Arabella terminaba de desayunar, acompañaba a su madre al invernadero, recogían frambuesas y luego

cocinaban postres juntas. A temprana edad aprendió que a su padre le encantaba el kuchen de frambuesa, así que se esmeró en aprender su receta y cocinarlo para él. Él siempre le decía que era el mejor kuchen que había probado, pican-do a su madre, quien se reía con ternura mientras ayudaba a Arabella a quitarse la harina y la leche condensada de los antebrazos. Amaba la manera en que ambos se miraban, con un cariño que calentaba su corazón y le hacía sonreír y desear ser observada de la misma forma.

Durante las tardes en que su padre no se dedicaba al campo, salían juntos a pasear por las extensas tierras. Su padre la montaba en un caballo que él guiaba a pie, recor-rían la pampa e iban al estero que dividía sus terrenos con la montaña, cuyos árboles resultaban inmensos y frondo-sos, capaces de ocultar a las bestias que ahí habitaban. El estero era pequeño pero correntoso, de rocas resbaladizas y en el que más de una vez se había caído, pero que nunca había cruzado. Sus padres le decían que más allá, dentro de la montaña, acechaba una criatura con los colmillos más aterradores y feroces que podría ver si no tenía cuidado. Sabía que su pelaje era de un café tostado, que sus patas podían cubrirle la cara en un segundo y que sus garras po-dían despedazarla. Jamás lo vio, pero el miedo que le tenía amenazaba su corazón cada vez que iba al estero a lavar prendas junto a su madre.

En su cumpleaños número catorce, mientras ella cocina-ba con su madre, su padre salió a caballo y no regresó. Su madre estaba agónica. Juntas lo buscaron, recorrieron las tierras, inclusive llegaron a pensar que las había abandonado, hasta que más allá del estero vieron sus ropas desgarradas y supieron que no lo volverían a ver. El animal del que tanto le habían hablado se lo había llevado, y junto con él

había arrastrado la alegría de su madre.

Pese a que intentaron mantener las tierras, no lo lograron. Su madre cayó en una profunda tristeza que le quitó la vida a sus ojos: dejó de cuidar su invernadero, dejó de preparar dulces junto a ella y perdió todo atisbo de luz. Los animales se morían, las plantas y frutos no prosperaban. Con el corazón roto y un millón de recuerdos, su madre vendió las tierras y migró junto a Arabella hacia la costa, a un pueblo conocido por la abundancia pesquera y donde se decía que había mucho trabajo. Arabella nunca había visto el mar y, cuando lo conoció, le encantó la forma en que las olas iban y venían, cómo mojaban la arena y cómo cubría sus pies la espuma que formaba la sal. Sin embargo, extrañaba el pasto, los árboles y odiaba el olor del pescado. Pese a esas contradicciones, amaba el mar.

Su madre comenzó a trabajar junto a una ancianita en una tienda que vendía hierbas medicinales, y poco a poco recuperó su luz. Como sabía de los beneficios de la tierra, más que solo vender las hierbas, también le enseñó a la gente la mejor forma de usarlas. Arabella siempre la escuchaba con admiración, mientras esta le decía que curar era un arte y que el campo en que habían vivido estaba cerca cada vez que curaban a alguien. Pese a todo, prosperaban. Arabella solía pensar que su padre estaba orgulloso de ellas desde el cielo y que, durante las noches, las observa a través de las estrellas.

En la costa se veía a lo lejos el inicio de una isla verdosa, extensa, donde la gente del pueblo decía que allí residían hombres que de vez en cuando llegaban a comprar mercancías, aunque solo negociaban con los maridos de las mujeres. Eran extraños, robustos y muy callados. Miraban a las mujeres con miedo, algunos otros con desprecio, como

si fuesen monstruos, hasta que se retiraban silentes en sus botes. A Arabella la inquietaban, pero en su joven corazón no podía dejar de sentir curiosidad por entenderlos.

Cuando cumplió diecisiete años y tenía más de un pretendiente siguiéndola en el pueblo, un joven llegó en un bote desde la isla junto a cinco hombres más, e inmediatamente le atrapó los sentidos. Tenía los ojos de un color verde intenso, empalagoso, que le recordaban los prados que solía recorrer de niña junto a sus padres, pero él no le había prestado atención.

Un día la curiosidad por el muchacho la cegó y se le acercó. En primera instancia, él se alejó de ella al verla con sus ojos abiertos como platos, luego la observó y, finalmente, tuvieron una conversación extraña. Parecía que él quería correr cuando volvió a su bote junto a los demás, Pero cuando volvió una vez más desde la isla, y luego otra, las conversaciones se volvieron más fluidas, más tiernas... bajo las miradas desconfiadas del resto de los isleños que viajaban con él.

Un día, en una de sus visitas, le pidió a Arabella que se fuera con él, pues la adoraba y quería que fuese su esposa. Y ella, una adolescente que creía estar enamorada le dijo a su madre lo que sentía y que se iría. Le prometió que la visitaría y que volvería por ella para llevarla a su boda, porque estaba segura de que aquel muchacho sería el hombre de su vida.

A sus dieciocho años, Arabella se casó con el joven que amaba en aquella isla, que no era solo de hombres, pero en cuyas tierras había muy pocas mujeres. Fue una ceremonia pequeña en una iglesia de un triste tono gris, pero cuando él la besó sellando su matrimonio ella fue feliz. No pudo ir a buscar a su madre para que la viera vestida como una novia

de verdad, ya que estaba prohibido que las mujeres navegaran fuera de la isla. Estaba segura de que hubiese dicho que estaba preciosa, al igual que lo habría hecho su padre.

A sus diecinueve, supo que estaba embarazada y anheló tener una hija. Una niña que sería sonriente, feliz, que atravesaría la niebla que reinaba en la isla y la llenaría de luz.

Cuando su bebé nació, supo que era un niño. A sus veintiún años volvió a quedar embarazada, aunque ya no era la misma chiquilla alegre criada en el campo. Ahora era madre, tenía un hijo que criar, pero no sabía cómo... no de la forma en que la isla lo exigía. Rezó para que fuese varón, quizá para hacerlo mejor, quizá para que ambos cambiaran las cosas, para que no estuviese destinado a vivir un calvario directo hacia la muerte... pero nació niña. Su corazón entonces se rompió y nunca volvió a subir a un bote. Jamás volvió a ver a su madre.